



Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

HUMANITAS

2002

Edición 29

- Artl, Bourdieu, Deleuze y otros. (1993) *La mirada oblicua. Estudios culturales y democracia*. Compiladora Silvia Delfino. Colección Cuadernillos y Géneros. La Marca Buenos Aires.
- Bateson, Gregory. *Pasos hacia una ecología de la mente*. Lumen-Lohlé. Argentina
- Cirlot, Juan Eduardo (1978) *Diccionario de símbolos*. Editorial Labor. Barcelona.
- Clavel, A. (2000) *Los deseos y su sombra*. México. Alfaguara
- Fernández, Fátima (1999) *Medios de difusión masiva*. Juan Pablos. México.
- Frankl, Viktor Emil (1996) *El hombre en busca del sentido*. Herder. Barcelona
- Frisby, Habermas, Wellmer y otros. (1992) *Modernidad y postmodernidad*. Prefacio, introducción y compilación de Josep Picó. Editorial Alianza. Madrid.
- Gubern, Román. (1987) *La mirada opulenta. Exploración de la iconoesfera contemporánea*. Ed. Gustavo Gili, S.A. Barcelona.
- Luhman, Niklas. (1998) *Teoría de los sistemas sociales*. Universidad Iberoamericana. México
- Liotard, Jean- Francois. (1993) *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Colección Red Editorial Iberoamericana. Ed. Cátedra. México.
- Missac, Pierre. (1988) *Walter Benjamín. De un siglo a otro*. Serie Esquinas. Ed. Gedisa. Barcelona.
- Naisbitt, John, (1990) *Megatendencias 2000: diez nuevos rumbos para los años 90*. Norma. Colombia
- Nicol, Eduardo (1974) *Metafísica de la expresión*. F.C.E. México
- Ritzer, George (2000) *La Mcdonalización de la sociedad*. Ariel. España
- Schumacher, E.P. (1981) *Guía para los perplejos*. Debate, Madrid.
- Thompsom, John B. (1998) *Ideología y cultura moderna*. Universidad Autónoma Metropolitana. México.
- Van Dijk, Teun A. (1998) *La ideología*. Gedisa. Barcelona.
- Villoro, Juan (2002) *La cumbre*. Letras libres N° 40. Año IV. Editorial vuelta S.A. de C.V. México

NADIE ME VERÁ LLORAR Y LA RELECTURA DE LA MODERNIDAD

Gabriela Riveros Elizondo
Escritora e Investigadora.
Universidad de Monterrey

El silencio es la burla perfecta de la razón.
Cristina Rivera Garza.
Nadie me verá llorar.

*En los edificios del lenguaje siempre hay pasillos sin luz,
escaleras imprevistas, sótanos escondidos detrás de puertas cerradas
cuyas llaves se pierden en bolsillos agujerados del único dueño, el
soberano rey de los significados.*
Cristina Rivera Garza.
Nadie me verá llorar.

La novela "Nadie me verá llorar" de Cristina Rivera Garza, publicada en 1999, propone una nueva forma de ser en el lenguaje, de hacer literatura, de leer la realidad contemporánea. Para ello la autora toma a manera de herramientas una visión desacralizadora de la modernidad, el logocentrismo, la razón, el sujeto, la historia, el progreso. Hace de estos metarelatos piedras que se van desmoronando a lo largo de su nueva construcción –en el plano de la creación y la lectura. La posmodernidad es su lente para mirar las cosas; la periferia filosófica y epistemológica, su asiento. En el presente ensayo esbozaré de manera general diversos aspectos del relato novelístico de Rivera que contribuyen a confirmar esta propuesta. Para ello analizaré brevemente estructura, tiempo, espacio, personajes y temática.

Ya de entrada podemos percatarnos que su estructura externa se compone de ocho capítulos que a su vez se subdividen en fragmentos cortos. Por otro lado, la estructura interna de la obra está construida a partir de una serie de repeticiones y *leitmotifs* que nos recuerdan una estructura musical y quizá también una estructura visual –la de la fotografía–. Es así como aparece una pregunta o una frase que más tarde se retoma y, cada vez que aparece, enriquece su propio significado. La frase "Nadie la verá llorar" aparece cuando Matilda, la protagonista, de niña conoce la soledad al extraviar a su madre en El Tajín, más tarde aparece cuando Matilda entra a los 15 años a la ciudad de México por vez primera y observa la ciudad desde el ferrocarril. En este sentido, el lector va construyendo los significados a la

par que los personajes –un lector activo.– Esto da también un sentido de ritmo y equilibrio a la obra. La fragmentación del relato, es la ruptura del cronos, del tiempo ordenado, racional, consecuente. No hay posibilidad de aprehender una realidad o un conocimiento: el derrumbe del logocentrismo.

Los tiempos y espacios en los que sucede la acción van y vienen, deambulan en el silencio de los personajes, en los ecos de su memoria. Aquí podemos acercarnos al manejo del tiempo en la novela y para ello, tal vez convenga separar dos formas de abordarlo: por una parte, está el tiempo ilustrado, patriarcal, ese que conserva un pasado, presente y futuro, el tiempo racional, lineal y cronológico. Para representarlo la autora hace referencia a ese tiempo objetivo que todos compartimos: las doce en punto, 26 de julio, 1900, el Porfiriato, la Revolución, Italia en 1897, 1906, la huelga de Cananea, la huelga de Río Blanco, los autos Ford, Debussy... Por otra parte aparece el tiempo subjetivo; el tiempo sujeto a las acciones internas, a las sensaciones, lo intangible, el dolor, la locura, la muerte... El tiempo durante el cual Matilda vaga por la ciudad cuando es despedida de la fábrica, el tiempo del insomnio de Joaquín, de su espera para acercarse a Matilda, el tiempo que transcurre Matilda en Real de Catorce... Este tiempo subjetivo y posmoderno transgrede el tiempo tradicional y se impone en la forma de narrar de Rivera Garza.

El *tiempo de la historia* –el orden cronológico en el que sucedieron los hechos– y el *tiempo del relato* –el orden en el que aparecen en la novela– son ya categorías conocidas por la crítica literaria puesto que han sido utilizadas frecuentemente en la literatura del siglo XX. Rivera Garza utiliza estos dos elementos y va más allá puesto que juega con ellos y los fractura en múltiples modalidades. Las historias de Joaquín Buitrago y Matilda se van construyendo, a manera de rompecabezas, a lo largo del relato.

Sin embargo, hay partes del relato en las que estos dos tiempos (del relato y de la historia, subjetivo y objetivo) se tocan: sabemos que en junio Joaquín reconoce a Matilda, en julio le regala una pulsera, agosto es un mes de silencio. De esta manera el tiempo común queda atado a la relación entre los personajes, relación que se suspende en un tiempo caótico, profundo. En definitiva, el tiempo que habita dentro de los personajes siempre ha de imponerse sobre el histórico, un ejemplo claro es el hecho de que Joaquín y Matilda no se enteran de la revolución mexicana por estar enterrados en sus propias historias.

Podemos hablar también de *tempo* del relato; ese sentido de ritmo en la narración. Este se marca por medio de oraciones de una sola palabra vs. frases largas. Igual que en la vida de los personajes hay fragmentos cortos en los que la historia avanza mucho y otros largos en los que el tiempo se

detiene. La novela en ocasiones se nos torna poema, sensación que huele, presencia visual que invade al lector.

El manejo del espacio en la novela es similar al del tiempo. Existe un espacio común, objetivo y verificable: la ciudad de México con sus 368,899 habitantes y su alto porcentaje de prostitutas, con sus 13 fábricas de textiles y sus más de cinco mil operarios que reciben sueldos de entre 35 y 50 centavos al día, la capital italiana Roma a fines del siglo XIX, Real de Catorce, el número 35 de la calle Mesones... espacios que se contraponen a los espacios recreados por la memoria y sujetos a los cambios internos.

Está también el espacio construido por los discursos oficiales vs. los espacios marginales. Así vemos que México, a principios del siglo XX se promueve como un espacio moderno, con fuentes y jardines, tranvías, bicicletas, alumbrado público, edificios de hierro y cemento como el Centro Mercantil y el Palacio de Hierro o la casa Boker con sus nuevos ascensores, la Alameda Central, el Pabellón Morisco, el Country Club inglés, paisaje que nos resulta inverosímil contrapuesto a los espacios marginales de la periferia: el hotel de San Andrés, el hospital Morelos a donde acuden las prostitutas infectadas de sífilis y gonorrea, lugar de gritos y vómitos, de cuerpos en descomposición, las viviendas junto al desagüe, las pulquerías.

El análisis del espacio también puede dividirse en las categorías de campo y ciudad. La Ciudad de México. En un principio no echa de menos nada. La velocidad de los acontecimientos no deja tiempo alguno para la nostalgia. El presente se vuelve absoluto.¹ La ciudad es un espacio ajeno a las transformaciones internas de los personajes, es un lugar que sólo ofrece interrogaciones a Matilda y a Joaquín. El campo es el lugar de las imágenes, los eventos transcurren más tranquilos: la niñez en Veracruz, el matrimonio de Matilda con Paul Karnak en Real de Catorce, los voladores de Papantla. Sin embargo, puesto que la novela no presenta ninguna categoría como enteramente positiva o negativa, buena o mala; es decir, ninguna categoría acabada, todo es bueno y malo. Lo bueno da origen a lo malo y viceversa (como en el yin yang). Los límites quedan abolidos. De esta manera el campo presenta también problemas de injusticia en tierras, la invasión de compañías como *Oil fields*, la repartición de riqueza en una realidad 130,000 hectáreas poseídas por 7 hacendados...

Un espacio muy importante para la novela es La Castañeda, el manicomio. Se trata de un espacio cerrado que pertenece a lo privado. Sin embargo este espacio encierra también dos caras: lo positivo y lo negativo, lo objetivo y lo subjetivo, la cordura y la locura. A veces sentimos que se trata de un microcosmos de la sociedad... No hay en él nada que no haya en las calles. Es una ciudad de juguete con sus calles, enfermerías, cárceles,

viviendas, riñas, tráfico de cigarrillos, talleres de trabajo, lavanderas, poetas, mecánicos, policías, farmacéuticos, ladrones, enamorados... Los enfermos están igual de alterados que los psiquiatras y presentan una serie de manías patológicas. Para referirse a La Castañeda la autora utiliza, una vez más, dos tipos de lenguaje: el objetivo y el poético. La Castañeda es, por un lado, un conjunto de 25 edificios en 141,662 m; cuando la inauguraron ochocientos cuarenta y ocho dementes cruzaron los confines de la ciudad y entraron a los edificios construidos en esta ex hacienda de Mixcoac. Sin embargo, es también un lugar de gritos y silencio, de ensañaciones que jamás serán enunciadas, contempladas o comprendidas.

Uno de los logros más importantes de la novela es la caracterización de los personajes. Desde el inicio cobran una vida propia; los personajes actúan por iniciativa propia no por la del autor. Ya desde el primer párrafo se establece su temperamento perfectamente. El lector ve a Joaquín en su habitación, huele los cigarrillos Monarca, se contagia de su desesperanza... Dada la intención de este ensayo no pretendo presentar aquí una descripción de los personajes; me limitaré por lo tanto, sólo a exponer la relación que los personajes principales tienen con la visión posmoderna.

Joaquín Buitrago, en su juventud va a Italia y conoce al amor de su vida Alberta. A partir de ese momento se convierte en fotógrafo de locos y morfinómano (para escapar de su propia locura), posteriormente trabaja como fotógrafo de putas, presos en la cárcel de Belén y locos en La Castañeda. *¿Cómo se llega a ser fotógrafo de locos? Basta con saber usar una cámara y vivir en este país después de haber visto la luz de Alberta. Eso es todo, Matilda.* (22) Su vida es el resultado de sucesos que nos fracturan. El primero de ellos es su encuentro con una mujer golpeada y muerta en la calle cuando adolescente. Diamantina, la primera mujer en su vida, se va y lo deja en profunda soledad. Su encuentro con Matilda es un encuentro más de sí mismo. Ella representa su tránsito entre la locura y la cordura; representa su capacidad de amar y proteger a alguien. Joaquín mira distinto, tras su lente presos, putas, locos y demás seres marginales se yerguen en una humanidad impresionante que nos conmueve y nos permite identificarnos.

Como se mencionó arriba, en la novela no hay límites, todos los márgenes están transgredidos. No hay cosas, sujetos ni acontecimientos acabados ni maniqueos. En el plano de los personajes, las transformaciones de otros son proyecciones de las suyas *nunca se imaginó que la vida de Matilda llegaría a ser la clave de su propia vida.* Aunque los personajes son distintos y tienen un carácter perfectamente esbozado, hay dolores o recuerdos con los que se identifican ambos.

Eduardo Oligochea, el médico internista que recibió a Matilda en La Castañeda el 26 de julio, y Marcos Burgos, tío de Matilda y médico que

renunció a su indígena para incorporarse a la modernidad, representan la ciencia y el afán de progreso. Sin embargo, a lo largo de la novela vemos cómo sus anhelos se derrumban sobre una base fracturada. No hay centro del cual asirse. El tío Marcos tiene un afán por la higiene, gusto por edificios y palacios, por la vida metódica, los horarios, estudios y aseos. Cuando estudiante durante cuatro años no salió ni con amigos ni mujeres ni de paseo. Considera que las clases bajas entorpecen el progreso de la nación, que en ellas se anidan instintos criminales, obtusos y salvajes. Apoya la idea de que haya más cárceles y manicomios para delimitar a los viciosos, para corregir y castigar. Para comprobar sus teorías se propone domesticar y edificar a Matilda; logra su propósito después de algunos años. Finalmente Matilda huye de su casa y esto representa la derrota del modelo progresista, su derrota personal.

Por su parte, Eduardo Oligochea, el médico de La Castañeda, ve el manicomio como un peldaño para brincar a mejores hospitales o a una oportunidad en el extranjero que le permitiera ser un profesional con prestigio. No tiene un propósito ético, utiliza la institución y a su prometida para ascender. Aunque el doctor Oligochea y Joaquín entablan largas conversaciones que nos permiten conocer al doctor, su relación no se simplifica en la de don Quijote y Sancho. Ellos no se complementan, no son opuestos como aparentan sus primeras conversaciones; más bien asemejan al yin y yang puesto que la locura y la desesperanza de Buitrago están sembradas en el médico que ha depositado sus esperanzas y éxito en la ciencia que ha fracasado, en una mujer a quien no ama porque nunca será como la mulata a quien tanto amó cuando estudiante.

Lo que no se muestra en sus conversaciones es el inmenso abismo ajeno al lenguaje que irá emergiendo a lo largo de la novela y cobrando realidad mediante las palabras. Lo enunciado es real, una vez que el médico se desnuda (cuenta una historia de infelicidad con su prometida, siembra la semilla del absurdo en su cotidianeidad y la historia subterránea aflora).

"Dentro, alineadas en riguroso orden, sus propias emociones se encuentran a salvo. Mudas. No quiere despertarlas. No le interesa compartirlas. Si algo ha aprendido en los manuales de anatomía [...] es a guardar bajo la piel, bien escondido, el pronombre yo. Las reuniones con Joaquín le son gratas porque se llevan a cabo en tercera persona. (30)

juega con palabras, juega a hacer interesante situación de la vida cotidiana, escena bellísima del sueño en la que el lenguaje de la locura se apodera de él." (95)

Las identificaciones de los personajes no sólo se dan en el plano psicológico; a nivel sintáctico también hay similitudes. Por ejemplo,

para hablar de lo que hay de Matilda y de Joaquín en el mismo doctor (ciencia transgredida por la locura) el narrador enuncia: Hasta conocer a Matilda Burgos, Eduardo pocas veces había discutido, y mucho menos mostrado el contenido de sus expedientes. Hasta conocer a Joaquín. (91)

Matilda, la protagonista, encarna toda la propuesta de un mundo ajeno a los centros, de un mundo mutable ajeno a toda denominación, a todo intento de clasificación porque se trata de realidades que nunca serán estables, salvo en el momento de la muerte. *Todo es posible, Joaquín, excepto la paz* (19). Matilda es hija de Santiago Burgos y Prudencia Lomas, de un hombre semisalvaje y de una mujer aficionada a la poesía francesa y a los placeres de la carne (ambos orígenes pertenecen a la periferia). Su padre murió alcohólico y su madre asesinada. Campesina, analfabeta, desamparada, mujer... llega a la ciudad y es adoptada por el tío médico creyente en los beneficios del progreso científico convencido de que una instrucción conducirá a Matilda por el sendero de la limpieza y la disciplina. Crece junto a sus tíos, estudia y trabaja cuidando a una vieja hemipléjica –cuya propia hija médica es incapaz de cuidarla– hasta que una noche aparece Cástulo Rodríguez en su habitación perseguido por las autoridades, joven revolucionario mal herido. Esto abre sus ojos ante la realidad social, abandona la casa de sus tíos y se refugia con Diamantina Vicario en cuya casa se discute de política, los orígenes de la revolución mexicana. Cuando Diamantina parte a Río Blanco, Matilda se queda en silencio, corta sus trenzas y abandona la casa, va a trabajar a la cigarrera el Buen Tono: 35 centavos diarios, es vecina de la señora Esther Quintana y sus dos hijos. La llaman “la doctorcita” porque cura a los niños del barrio, atiende partos... (una doctora que terminará en el manicomio). Muere la señora Esther y al ser despedida por atenderla el día de su muerte, Matilda se ve obligada a ejercer la prostitución en el hotel San Andrés (el nombre es de un santo...). Más tarde se casa con un ingeniero civil de origen húngaro, Paul Kámak, quien se había enamorado de ella desde una vez que la vio cuando ella aún vivía con sus tíos (si entonces se hubiera casado con él...). Se van a Real de Catorce, pueblo en donde viven en soledad, él se suicida, ella incendia todo, sólo rescata la seda que él le regaló cuando se conocieron. Matilda termina sus días junto a Joaquín, quien recupera la casa de sus padres. Muere el 7 de septiembre de 1958 de derrame cerebral sin que nadie posea su silencio.

Por último, quiero exponer las temáticas que encontré como principales. Estas quedan vinculadas directamente con el tema de este trabajo. Dividí los temas de la siguiente manera: 1) la irracionalidad de la razón y la razón de la irracionalidad, 2) la caída de la modernidad, 3) la periferia, 4) la fotografía, 5) el lenguaje, 6) la mujer, 7) la desesperanza, 8) la soledad y el dolor y 9) la memoria y el olvido. Sin embargo, dados los

requisitos de extensión en el presente trabajo me enfocaré sólo a los primeros tres temas.

La irracionalidad de la Razón y la razón de la irracionalidad: la locura es razonable y la “razón” por la que se guían los médicos o los cuerdos nos resulta absurda y fantástica. Hay fragmentos en la novela, por ejemplo cuando los médicos realizan sus informes médicos, en que se ve el proceso mediante el cual un científico utiliza subjetivamente los “métodos”; estos nos resultan tan “locos” y poéticos como el objeto mismo de estudio. Por otra parte, se ve que el confinamiento de los locos no corresponde a una patología real sino que más bien es un invento derivado de los intereses creados por los que están afuera:

¿Y si el señor Sancipirían en realidad estuviera tratando de recluir a su mujer y su “exagerada manera de sentir” sólo para poder vivir en paz con su nueva amante? (86) Luego cuando hubo que volver a pensar en el futuro del país, en la formación de nuevos ciudadanos, los locos y los vagos regresaron sin dificultad alguna a los aposentos de las discusiones intelectuales, los salones de clase y la política. (91)

Más tarde, dice un personaje acerca de un paciente: “Si no estuviera en el manicomio sus historias podrían pasar por charlas de ancianos inventando el pasado mientras los niños se reúnen alrededor del fuego.” (86)

“Nadie me verá llorar” es una novela narrada y construida desde el desrumbamiento de la Modernidad. Matilde, la protagonista, como ya se expuso arriba, encarna esta postura. La ciencia, el orden, los conocimientos no ofrecen ninguna respuesta, ninguna solución ni para Matilda, ni para su tío, ni para el doctor Oligochea, ni para el polaco ingeniero, ni para México como país, ni para toda la gran masa que vive en condiciones paupérrimas. Joaquín renuncia a la Historia, con mayúscula, a su origen burgués, al éxito, a sus principios *tal vez en el fracaso encontraría finalmente la paz, el silencio, ir a contracorriente del progreso, del tiempo mismo, y él, como el país entero, no necesitaba nada más. Cuando Joaquín salió de El Templo del Amor, lo hizo para alejarse definitivamente de la historia.*

La novela se yergue entonces desde la derrota del logocentrismo, del Sujeto como un individuo entero, de la Historia, del Progreso, la Verdad, la Razón, la Ciencia, del Tiempo. El lupanar mismo en el que Joaquín conoce a Matilda se llama La modernidad –he ahí el sentido de ironía y crítica que propone la obra–; la modernidad es un sitio deplorable en el que las personas

están obligadas a renunciar a sí mismas. Joaquín no confía en nada *Con el tiempo ha aprendido a desconfiar de su memoria, de sí mismo* (62). No puede hacerlo porque su memoria es mutante y su esencia también, ni siquiera le pertenecen, no las conoce ni las puede aprehender. Matilda, joven, se da cuenta de que su tío médico nunca ayudaría a un hombre como Cástulo: la ciencia tiene sus límites. La ley en el prostíbulo no es efectiva puesto que las mujeres matan a un policía y amenazan a otro.

El tercer tema: la periferia con respecto al centro, el margen con respecto al logos, las voces que surgen una vez que hemos deconstruido los modelos que nos conducen a una lectura monológica de la existencia. La periferia es el punto de partida y de llegada en la construcción de la novela. Este sentido periférico se manifiesta de múltiples formas. Por ejemplo, Matilda y Joaquín no se enteraron de la revolución ni de los eventos históricos del momento, a pesar de que la lucha era su ideal por el que escapó de casa de los tíos. *Los dos anduvieron siempre en las orillas de la historia, siempre a punto de resbalar y caer fuera de su embrujo y siempre, sin embargo, dentro. Muy dentro.* (176) A continuación expongo una serie de citas en las que el sentido de centro vs. periferia queda claramente expuesto:

Todo es insignificante. Los principios y los finales han quedado atrás. Nada tiene consecuencia (198).

Todos sus papeles van a parar al expediente 6353 y ahí se quedan en los márgenes de los días y del lenguaje, como Joaquín, como el manicomio mismo (25)

El silencio Matilda siempre creará silencio a su alrededor (25)
Busca el centro de todo, el nudo primigenio que mantiene a todas la otras sogas en su lugar, pero no lo encuentra. La estructura es caprichosa y obedece sólo a sus propias reglas. No hay principio, no hay final (184), Matilda es el prototipo de la mujer rota través del visor estereoscópico. (21)
Hay ciertas conversaciones que sólo pueden llevarse a cabo en silencio. (120)

Todo es lenguaje. Los maestros con los que empezó a explorar el laberinto de la mente hablan un idioma, y los enfermos reclusos dentro de los muros de La Castañeda, otro diferente. Su tarea es traducirlos, para encontrar los puentes invisibles que van de uno a otro (87).

A veces una se vuelve loca de esto, de no poder recordar, ¿verdad? Joaquín le responde que sí [...] Él sabe perfectamente bien lo que es tener una laguna en la cabeza, bajo la piel, en la larga médula de todos los huesos.

Él sabe de esos lugares solos donde nada tiene nombre y el aire se vuelve repentinamente escaso (101).

Cristina Rivera Garza ha creado, en definitiva, una nueva forma de reescribir a la mujer, a la literatura, a la historia y al sujeto a través de su novela "Nadie me verá llorar" porque *Todo fracaso comienza con la luz, con el deseo de atrapar la luz para siempre.*

Nota bibliográfica

¹ Cristina Rivera Garza. *Nadie me verá llorar*. México: Tusquets Editores, 1999. P. 98.